

“¿Incomodan las disidencias sexuales al psicoanálisis?”

DISIDENCIAS SEXUALES Y TEORÍAS PSICOANALÍTICAS EN EL DIVÁN

Incomodidades, encrucijadas y apuestas

“ Os dissidentes sexuais perturbam a psicanálise?”

DISSIDÊNCIA SEXUAL E TEORIAS PSICANALÍTICAS NO DIVANO

Desconfortos, encruzilhadas e estacas

Facundo Blestcher

Presidente de la Asociación de Psicoanálisis “Sigmund Freud” del Litoral.

Miembro del Consejo Asesor del Foro de Psicoanálisis y Género

de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires.

facundoblestcher@gmail.com

Para citar este artículo / Para citar este artigo / To reference this article

Blestcher F. (2021) DISIDENCIAS SEXUALES Y TEORÍAS

PSICOANALÍTICAS EN EL DIVÁN

Intercambio Psicoanalítico 12 (2),

Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC By 4.0)

“¿Incomodan las disidencias sexuales al psicoanálisis?”

DISIDENCIAS SEXUALES Y TEORÍAS PSICOANALÍTICAS EN EL DIVÁN

Incomodidades, encrucijadas y apuestas

Facundo Blestcher¹

1 Psicoanalista. Máster en Clínica Psicoanalítica (Universidad de León). Presidente de FLAPPSIP. Profesor en grado y posgrado (UBA, UNR, UCSF, UCSE). Miembro titular de ASAPPIA. Presidente de la Asociación de Psicoanálisis “Sigmund Freud” del Litoral. Miembro del Consejo Asesor del Foro de Psicoanálisis y Género de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires. facundoblestcher@gmail.com

1 Nos referimos especialmente a las leyes de matrimonio igualitario (Ley 26618 de 2010) y de identidad de género (Ley 26743 de 2012), a las que hay que agregar la ley de salud sexual y procreación responsable (Ley 25673 de 2003), de educación sexual integral (Ley 26150 de 2006) y de salud mental (Ley 26657 de 2010). Con respecto a la ley de identidad de género, se contempla que ciudadanas y ciudadanos sean inscriptos en sus documentos oficiales en función de su identidad de género autopercebida. Esto permite que las personas trans (travestis, transexuales, transgéneros) puedan solicitar la modificación del nombre y del sexo asignado en el nacimiento, tal como consta en su registro civil, para adecuarlo a su propio emplazamiento identitario, a través de un trámite meramente administrativo. Este procedimiento la convierte en una ley de avanzada a nivel internacional ya que no patologiza las identidades trans, pues no exige intervención judicial ni diagnóstico médico para obtener la rectificación. Por otra parte, contempla que los tratamientos médicos de adecuación a la expresión de género sean cubiertos por el sistema de salud, tanto público como privado. En el contexto de este marco normativo, se produjo en 2013 el primer caso de reconocimiento legal de una niña trans de cinco años de edad.

*No necesito disfraz
Aquí está mi cara
Hablo por mi diferencia
Defiendo lo que soy
Y no soy tan raro
(Pedro Lemebel)*

*Reivindico mi derecho a ser un monstruo y que otros sean lo normal.
[...] Mi ser yo, entre tanto parecido, entre tanto domesticado,
entre tanto metido de los pelos en algo.
[...] Solo mi derecho vital a ser un monstruo o como me llame
o como me salga, como me pueda el deseo y las fucking ganas
(Susy Shock)*

“¿Incomodan las disidencias sexuales al psicoanálisis?” podría aparentar para algunos psicoanalistas una pregunta retórica, cuya respuesta resultaría obvia. O simplemente una cuestión irrelevante. O bien una invitación a sacudir las certezas y a dejarse interpelar por otros. Quizás si se invirtieran los términos –“¿Incomoda el psicoanálisis a las disidencias sexuales?”– la contestación podría parecer menos esquiva.

La actual pluralización de los emplazamientos identificatorios en términos de géneros (masculinos, femeninos, trans, travestis, no binarios, fluidos, agéneros, entre muchas otras alternativas), la multiplicidad de posiciones corpóreas y la diversificación de las orientaciones deseantes, las prácticas sexuales y los erotismos conmueven los dispositivos sociales que pretenden regularlos y atraviesan las presentaciones clínicas y los padecimientos de muchas personas que nos consultan. Estas mutaciones son indisolubles de las luchas de los movimientos de mujeres y de los colectivos de las diversidades sexuales que alteran el régimen patriarcal cisheteronormativo, empujando la sanción de marcos normativos¹ que apuntan a la ampliación en el reconocimiento de derechos.

¿Qué se juega en esta heterogeneidad de experiencias? No se trata solamente de modificaciones en las vicisitudes de la sexualidad –que nunca deja de producir puntos de fuga frente a los mandatos restrictivos que procuran domesticarla–, sino de metamorfosis antropológicas de alcance insospechado. Implica modificaciones en los procesos de producción de subjetividades cuya incidencia no se restringe a las sexualidades y los géneros, sino que afectan a las configuraciones humanas tal como las conocemos. Esto no significa una demolición del orden simbólico –como han anticipado catastróficamente algunos discursos–, sino más bien la paulatina fractura del orden sexual moderno.

(Com)posiciones sexuadas actuales: el artefacto analítico incomodado

Compartiré algunos fragmentos de las primeras sesiones con Julieta, una joven trans de veinte años, que inició su análisis a partir de ciertas frustraciones en sus relaciones amorosas y una inhibición para desplegar una vida sexual placentera.

Yo siempre me sentí así, como una mujer. Obvio que nací como varón, tengo genitales masculinos, pero nunca pude reconocerme como varón. Hace tres años empecé a asumir mi identidad femenina. Lo primero que hice fue modificar de a poco mi apariencia, para hacerla más afín con cómo me veo y me siento, y cómo quiero que me vean. Empecé a dejarme el pelo largo, a depilarme y a usar ropa de mujer... antes me vestía más andrógina. Para mí es una elección que va más allá del cuerpo o de lo físico. Por eso también hice el cambio de nombre en el documento.

Para mi familia al principio fue un shock. Aunque era algo que todos sabían o al menos intuían, mis padres pensaban que era gay. Mis hermanos lo entendieron más rápido y con ellos está todo bien. A mis padres les costó más, sobre todo a mi mamá. Tuvimos muchos choques y peleas porque me enojaba que no me entendieran. Ahora, con el paso del tiempo, comprendo que no fue fácil para ellos. Soy consciente de que a ellos les puede angustiar, pero yo no lo hago para dañarlos. No me gusta que ellos se sientan mal por mí, pero yo no puedo dejar de ser quien soy para que no sufran o sufran menos. A ellos todavía les cuesta llamarme Julieta o hablarme en femenino, y se les escapa mi nombre de varón. Pero trato de respetar sus tiempos y no entrar en conflictos. En las redes sociales y en el ámbito de mis amigos me llaman por mi nombre de mujer y me aceptan como soy. Ahí puedo ser yo con más libertad.

Sus recuerdos de infancia se encuentran dominados por aquello que Freud (1893/1995) designara con el término alemán "Kränkung": afrenta, mortificación, un sufrimiento tolerado en silencio.

Cuando era chica no sé si decía "me siento una mujer". Más bien me sentía incómoda, como que había algo que no estaba bien. Yo me daba cuenta de que no era como los otros varones. Siempre prefería pasar más tiempo con chicas que con chicos, me gustaba jugar con Barbies, no me atraían los deportes ni pelear. Me decían "puto", "trollo", "marica" y yo sufría un montón. Me sentía rechazada por mis formas, porque como varón era muy afeminado, y eso además me producía mucha bronca conmigo misma. Trataba de comportarme como un varón, pero no podía. Era un doble rechazo: el de los otros y el mío propio. Me aislaba por la bronca que tenía conmigo misma. Ahora que lo pienso, creo que durante la infancia estuve muy deprimida. Casi no tenía amigos, no salía, me quedaba encerrada en casa o iba a lugares, pero no estaba contenta. En todas las fotos de aquella época salgo con cara triste. Mi mamá decía que siempre estaba con cara de culo, pero en realidad estaba triste y no sabía qué hacer conmigo.

A medida que fui creciendo, entendí más qué me pasaba y cómo me sentía. En la adolescencia ya era más claro que interiormente me sentía una mujer, aunque me vistiera como varón. Pero igual me guardaba todo lo que me pa-

saba, me cerraba, era tímida y me aislaba mucho. Entonces un día exploté. Me sentía mal... todos esos años de guardarme cosas, tratar de aceptarme. A los diecisiete años les conté la verdad de lo que me pasaba a mis padres. Fue como decir "¡basta!, ya no quiero pasarla mal, no quiero seguir la vida de otro". Lloré mucho y sentí un alivio, fue como sacarme un peso de encima.

En estos casos es frecuente recoger en el análisis los efectos de vivencias de padecimiento y violencia, incluso muy tempranas, que han dejado marcas traumáticas profundas en la constitución psíquica. El rechazo, la exclusión y la estigmatización van horadando las representaciones narcisistas y sometiendo a un dolor psíquico que desarticula precozmente los entramados ligadores y amorosos en los que el sujeto puede sostenerse vitalmente.

La incidencia de dispositivos desubjetivantes no es ajena a prácticas pretendidamente analíticas o psicoterapéuticas que reproducen las significaciones hegemónicas cisheteronormativas:

Mis padres decidieron mandarme a una psicóloga. Al principio, creían que era un capricho o una locura mía. Una idea que se me había metido. Iba a la psicoanalista y no podía hablar libremente. Me hacía preguntas y todo lo que me decía tenía que ver con que yo era un varón, que no era posible que me sintiera como una mujer, que eso tenía que ver con que tenía un conflicto con mi papá y por eso rechazaba ser un varón. Que desde chica me había apegado mucho a mi mamá y que por eso sentía admiración por las mujeres. También me dijo que una cosa era ser un chico gay y otra sentirme una mujer. ¡Eso es obvio! La cuestión es que yo le planteaba que me sentía una mujer, no que era gay. Entonces me preguntaba si me gustaban las chicas o los chicos, con quiénes me excitaba, si me masturbaba, si entendía que tenía pene y que eso me hacía un varón. Claro que tengo pene, pero no era de eso de lo que yo hablaba. Era una situación muy violenta. De cada sesión salía mal.

Yo no sé si puedo decir que me sentía atrapada en un cuerpo ajeno, sino como estar viviendo la vida de otro, una vida que no era mía. El cambio no es de un día para el otro, pero ahora estoy más contenta conmigo misma y con los demás. Todo el mundo tiene sus miedos y sus obstáculos a resolver o superar. Yo trataré de vivir la vida lo más feliz posible, como todo el mundo quiere. Igual se me viene complicando un poco en las relaciones amorosas. He salido con algunos chicos, pero me surgen muchas inseguridades. Quizás es un tema de autoestima. Al momento de pasar a algo más íntimo me bloqueo mucho, me preocupa qué es lo que el otro puede pensar, entonces me doy cuenta de que termino cortando las relaciones por temor.

Los existenciaros y experiencias subjetivas disidentes hacen estallar los límites, clasificaciones y prácticas sostenidas en el binarismo de la diferencia sexual (Preciado, 2020). No impresiona como suficiente –si es que en algún momento pudo serlo– apelar a una lógica binaria, dicotómica y excluyente.

El ejercicio del diagnóstico como instrumento de patologización puede ser pensado como un dispositivo biopolítico dirigido a sostener el binarismo del sistema sexo/género. Judith Butler (2006) afirma: “[...] esta violencia emerge de un profundo deseo de mantener el orden del género binario natural o necesario, de convertirlo en una estructura, ya sea natural, cultural o ambas, contra la cual ningún humano pueda oponerse y seguir siendo humano” (p. 59). Tal atropello refuerza la “vulnerabilidad maximizada” que afecta a las disidencias sexogenéricas. Los costos y daños somáticos y psíquicos que sufren quienes no viven sus sexualidades, géneros y goces en términos aceptables para el régimen de normativización vigente pueden ser difícilmente reparables, ya que encontrarse en los límites del reconocimiento equivale a no poder habitar una existencia que sea potencialmente vivible.

Una clínica psicoanalítica suficientemente buena

El procedimiento por el cual se patologizan a priori las sexualidades disidentes se apuntala en enunciados que homologan travestismo y perversión, o transexualismo y psicosis, o que encuadra a las infancias travestis o trans en la línea del estrago materno –¡cuándo no las madres: fálicas, cocodrilos, alienantes, psicotizantes o simplemente locas!-. Se construye entonces una nueva figura del “monstruo” que conjuga lo imposible y lo prohibido, lo anormal y lo abyecto (Foucault, 2007; Butler, 2008; Preciado, 2020).

Quienes tenemos la experiencia de acompañar a personas travestis, transexuales o transgéneros en el curso de sus análisis no compartimos este prejuicio, ya que –como en todo sujeto– las formas de ejercicio de la sexualidad o sus posicionamientos identitarios no definen por sí mismos ni su estructuración psíquica ni su eventual psicopatología. Con esto no pretendemos suprimir las concepciones psicopatológicas que orientan nuestra clínica, sino someterlas a la prueba metapsicológica, respetando la complejidad de las determinaciones erógenas, deseantes, fantasmáticas, identificatorias, ideológicas e históricas en las que se inscriben los procesos de constitución sexual (Blestcher, 2015, 2017).

Apostamos a la recuperación vigorosa de la noción de sexualidad ampliada, entendida como plus de placer, irreductible a la autoconservación biológica, constituida a partir de la pulsación primaria de los otros y sometida a complejos procesos de simbolización. Lo sexual –que ninguna fórmula ni matemática agota– excede los arreglos sociales que pautan la división de géneros, no se reduce a los procesos de sexuación y desborda la genitalidad atravesada por la diferencia de los sexos. No alcanza a normativizarse ni subsumirse en una síntesis armónica exenta de conflicto:

la sexualidad no es un camino lineal que va de la pulsión parcial a la asunción de la identidad, pasando por el estadio fálico y el Edipo como mojones de su recorrido, sino que se constituye como un complejo movimiento de ensamblajes y resignificaciones, de articulaciones provenientes de diversos estratos de la vida psíquica y de la cultura, de las incidencias de la ideología y de las mociones deseantes, y es necesario entonces darle a cada elemento su peso específico (Bleichmar, 2014, p. 254).

La identificación de género –como todo enunciado identitario– corresponde a la tónica del yo. La inscripción del género opera con anterioridad al reconocimiento de la diferencia anatómica de los sexos, queda resignificada por la sexuación y no constituye el resultado de la elección de objeto. Los enunciados que habrán de configurar la identificación de género configuran contenidos nucleares de la representación narcisista. Una vez que se inscriben metabólicamente y estabilizan la argamasa representacional del yo no pueden ser desmantelados, sino a riesgo de desencadenar una desestructuración psíquica. Por ello, el entramado identitario en el que el sujeto se instala debe ser respetado como condición de estabilidad estructural y solo interrogado cuando su equilibramiento se encuentre en riesgo o empobrezca sus mejores posibilidades de realización subjetiva. La acogida benevolente (Laplanche, 1990) ubica a la ética como vector fundamental de la transferencia y de la aplicación del método. No ofrecemos una figura precisa como ideal al que los seres humanos debieran amoldarse –lo cual coloca en primer plano la abstinencia sexual, de saber y poder que define nuestra posición–, ni desconocemos ingenuamente la incidencia del análisis en el contexto de las lógicas colectivas. Los existenciales sexuales y las trayectorias deseantes de las subjetividades actuales interpelan nuestras conceptualizaciones y revelan puntos de resistencia –puntos ciegos– en los que se replican las significaciones hegemónicas. La clínica contemporánea nos reclama una apertura permanente de nuestra escucha, no solo para acoger la palabra de los otros en su singularidad, sino también para examinar nuestras teorías sexuales y nuestras representaciones de género –tanto como nuestras determinaciones ideológicas, de raza y de clase–.

No se trata, entonces, de pensar qué tiene el psicoanálisis y los psicoanalistas para decir sobre las disidencias sexuales, sino qué enuncian las voces disidentes acerca de nuestros imaginarios. Conviene recordar aquella indicación de Freud en su discusión con Putnam: “[...] *el reconocimiento de nuestras limitaciones terapéuticas refuerza nuestra determinación en cambiar otros factores sociales para que tanto los hombres como las mujeres [podríamos decir todos] no se sientan más forzados a situaciones sin esperanza*”.

Referencias bibliográficas

- BLEICHMAR, S. (2014) Las teorías sexuales en psicoanálisis. Qué permanece de ellas en la práctica actual. Buenos Aires: Paidós.
- BLESTCHER, F. (2015). Sexualidades diversas y síntomas de la solución paterna. Actualidad Psicológica, año XL, n. 447. Buenos Aires: Actualidad Psicológica, p. 8-11.
- BLESTCHER, F. (2017). "La sexualidad infantil más acá del género y la sexuación: extravíos y encaminamientos de la teoría sexual", en MORENO GARCÍA, R. (org), Sobre o infantilismo da sexualidade. Porto Alegre: Sulina.
- BLESTCHER, F. (2017). "Infancias trans y destinos de la diferencia sexual: nuevos existenciarios, renovadas teorías", en MELER, I. (comp.), Psicoanálisis y género. Escritos sobre el amor, el trabajo, la sexualidad y la violencia. Buenos Aires: Paidós.
- BUTLER, J. (2006) Deshacer el género. Barcelona: Paidós.
- BUTLER, J. (2008) Cuerpos que importan. Buenos Aires: Paidós.
- FOUCAULT, M. (2007) Los anormales. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FREUD, S. (1893/1995). Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu. "Estudios sobre la histeria", v. II, p. 34.
- LAPLANCHE, J. (1990) Problemáticas V. La cubeta. Trascendencia de la transferencia. Buenos Aires: Amorrortu.
- PRECIADO, P. B. (2020) Yo soy el monstruo que os habla. Informe para una academia de psicoanalistas. Barcelona: Anagrama.